

clv



WOLFGANG BÜHNE

Si **Dios**  
realmente  
**existiera...**

clv

Christliche Literatur-Verbreitung e. V.  
Ravensberger Bleiche 6 · 33649 Bielefeld · Alemania

Todas las citas bíblicas en este libro están tomadas de la Versión  
Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas.

Autor: Wolfgang Bühne

Título original en alemán: «Wenn Gott wirklich wäre ...»

Primera Edición 2018 (CLV)

© 2018 por la editorial CLV

Ravensberger Bleiche 6

33649 Bielefeld

Internet: [www.clv.de](http://www.clv.de)

Traducción del alemán: Elisabet González Martín

Revisión literaria: Santiago Escuin

Layout: Débora Zilz e Roberto Reinke

Impreso por: ARKA, Cieszyn, Polonia

256292

ISBN 978-3-86699-292-4

# Contenido

<b>Introducción.....</b>	<b>7</b>
<b>Si Dios realmente existiera...</b>	
... ¡entonces nuestra vida es más que una «danza alrededor del cerdo de oro»! .....	11
... entonces el pecado es más grave de lo que pensamos .....	23
... entonces la cruz es más que bisutería.....	33
... entonces la «gracia» no es como un artículo de rebaja que ofrece la iglesia .....	45
... entonces decir que la religión es el «opio del pueblo» es un trágico error .....	59
... ¡entonces tendríamos que hacer las cosas como es debido! .....	69
El autor .....	79



Si Dios  
realmente existiera...

## ¿Cuál sería para usted la mayor desgracia?

¿Un cáncer? ¿Un desastre financiero? ¿La pérdida del puesto de trabajo? ¿Tener que pasar el resto de la vida en una silla de ruedas? ¿El descenso del Real Madrid a segunda división?

¿Qué respondería usted espontáneamente si un periodista de TVE-1 le hiciera esta pregunta?

El hijo de un célebre editor tuvo que responder recientemente a esta pregunta en una revista de gran tirada. Las preguntas acerca de sus pasatiempos, sus puntos fuertes y sus debilidades las había contestado con humor, ingenio y a veces con un poco de sarcasmo.

Pero su respuesta a la pregunta sobre la mayor desgracia que él podía imaginar para su vida fue inesperada, breve y desconcertante:

«¡Que Dios realmente existiera!»

Evidentemente, este hombre era muy consciente de que si Dios realmente existiera verdaderamente, entonces le pediría cuentas de su vida. Y entonces su vida hasta ese momento había sido un trágico e irreparable desastre y una inversión equivocada.

Porque el hecho de la existencia de Dios tiene consecuencias revolucionarias en cuanto a nuestra manera de valorar las cosas. Entonces dejará de ser de capital importancia la velocidad con la que se deteriora la capa de ozono, o quién ocupa la primera posición en la clasificación mundial del tenis o los resultados del partido socialista en las próximas elecciones.

Sören Kierkegaard, este genial pensador y poeta danés, ha expresado así este problema con acierto:

*«Sólo se vive una vez; si cuando venga la muerte has aprovechado bien tu vida, es decir, la has usado con arreglo a la eternidad, entonces, alabado sea Dios; si no lo has hecho así, no podrás arreglarlo eternamente – sólo se vive una vez.»*

Yo no creo en la reencarnación como los hinduistas o los esotéricos. La idea de tener por delante después de esta vida otra vida – en el peor de los casos, en forma de cucaracha, como me contaba últimamente una mujer india – no me entusiasma ni me convence.

Creo que es digno de confianza lo que enseña la Biblia, esto es, que cada ser humano solamente dispone de una vida, por la que, después de su muerte, tendrá que rendir cuentas delante de Dios. Pero esta convicción no me infunde horror. ¿No es verdad que la vida no tiene sentido hasta que recibe un punto de referencia fuera de la limitación humana?

Me gustaría considerar con usted algunas cuestiones importantes de la vida y reflexionar sobre la posibilidad de la existencia de Dios. También quiero estudiar si el hecho de la existencia de Dios tiene forzosamente que provocar sólo consternación, o si entraña respuestas razonables y liberadoras para los interrogantes más profundos de nuestra vida.

Cuando Copérnico y Galileo publicaron hace siglos su descubrimiento revolucionario de que no era la tierra el centro sino el sol alrededor del cual giraba todo, esto

causó al principio tal indignación que Galileo Galilei, como fiel hijo de su iglesia, abjuró de su «error», para no ser sentenciado.

¡Y, sin embargo, tenía razón!

Cuando finalmente triunfó la verdad, ¿no trajo este descubrimiento fundamental al menos un poco de orden y razón a nuestra manera de pensar en las ciencias naturales?



Si Dios existiera...

**¡...entonces nuestra vida  
es más que una danza  
«alrededor del  
cerdo de oro»!**

¿Para qué vivo? ¿De dónde vengo y a dónde voy?  
¿Me quedan aún muchas vidas que vivir, o solamente  
una? ¿Hay respuestas fiables? ¿Quién lo ve claro?

Es de suma importancia hacernos la pregunta sobre  
el sentido y objetivo de nuestra vida – ¡porque sólo te-  
nemos una!

Mucho en la vida se puede repetir. Cuando se ha sus-  
pendido un examen, en la mayoría de los casos hay la  
posibilidad de presentarse una segunda vez.

Pero nuestra vida no es como una banda sonora que  
se pueda borrar cuando la primera grabación ha salido  
mal, sino como un reloj de arena, que transcurre lenta y  
silenciosamente, pero sin poderla detener. O como una  
vela encendida que se va consumiendo hasta que se apa-  
ga la última chispa.

Muchos de los que están en la cárcel tienen la cos-  
tumbre de hacer una lista de rayas en la que señalan cada  
día que ha pasado, viendo así como se aproxima el día de  
su puesta en libertad.

Pensándolo bien, no sería una mala idea si cada uno de nosotros hiciera una lista así de su vida. Quizás seríamos más conscientes entonces de que cada día de nuestra vida es único e irrepetible.

Y alguna vez – inevitable e irremediamente – llegará el último día de nuestra vida. Entonces quedará contestada la pregunta si nuestra vida pasada ha tenido sentido y si ha logrado su objetivo.

En el fondo, es difícil comprender que la gente joven sea a veces tan superficial e inconsiderada como para reflexionar sobre el sentido de la vida, y que la gente mayor eluda esta cuestión por haberse pasado ya casi la suya.

Recuerdo una campaña en un correccional de menores en Siegburg. Una organización de ayuda a los presos y a los ex reclusos había preparado un programa para varios días que constaba de canciones, escenas, testimonios y un corto mensaje que debía dar yo. Cada tarde se repanchigaban en los bancos incómodos de la capilla entre 60 y 100 de estos jóvenes, parloteando, masticando chicle y riendo de manera provocativa, preparados para desfogar su cólera a la primera oportunidad que se les presentara.

No tuvieron que esperar mucho, porque mi mensaje tenía como título: «Las cuatro ventajas de un enchironado en Siegburg».

Cuando empecé a explicar en el primer punto que comparados con otras personas ellos tenían la ventaja de tener tiempo en la cárcel para reflexionar sobre su vida, los primeros ya comenzaron a gruñir. Pero cuando les aconsejé con insistencia que no se hicieran mutuamente añicos el último resto de cerebro que les quedaba y que dejaran de acribillarse a base de drogas, precisamente por esta misma ventaja, el enojo fue grande.

Pero al cabo de esa semana, unos cuantos de estos jóvenes pidieron hablar con nosotros a solas y reconocieron que en verdad había sido ahí en la cárcel donde por primera vez habían reflexionado sobre su vida y su relación con Dios.

Es trágico que la mayoría de las personas empiezan a hacerse la pregunta más importante de su vida cuando caen enfermos o pasan por una crisis.

Pero nuestra vida no sólo es única, sino que también es corta, muy corta, y este hecho le da un peso decisivo a la pregunta acerca de nuestro origen y destino.

No sé si a usted le ocurre lo mismo que a mí: Cuantos más años pasan, más tengo la impresión de que las agujas del reloj corren cada vez más deprisa y de que los años pasan a una velocidad vertiginosa.

Cuando tenía edad preescolar, la siesta obligatoria de una hora me parecía durar una eternidad. Unos años después, en la escuela primaria, los lunes por la mañana, el fin de semana tan esperado estaba infinitamente lejos. Finalmente, cuando empecé mi aprendizaje, durante el cual cada mañana, aburrido, tenía que limpiar el polvo durante una hora, por orden de un jefe escrupuloso, no me podía imaginar cómo pasarían los tres años horribles que tenía por delante.

Pero una vez que se ha pasado la primera mitad de la vida, los meses y años pasan volando como los últimos granos de un reloj de arena.

Alguien, regresando probablemente de una visita al cementerio, expresó en palabras una convicción profunda y conmovedora: «Nuestra vida es solamente un signo negativo entre dos fechas.» ¡Tan corta y, sin embargo, tan decisiva!

Qué tragedia si de tanto trajín y correr no tenemos tiempo para pensar en el sentido de la vida hasta el momento en que nos hallemos en el lecho de la muerte, si es que tenemos tiempo para hacerlo entonces.

## **La respuesta de los filósofos**

Los filósofos y poetas modernos no han encontrado respuesta a la cuestión del sentido de la vida. La mayoría de ellos calificaron la vida de «absurda». Sartre afirmó que estamos «condenados a existir», o «condenados a ser libres».

Albert Camus llegó a la conclusión que «en este universo glacial, transparente y limitado hay que resignarse a que no puede haber esperanza, y por lo tanto ningún consuelo».

Hace años visité una exposición mundial en Lausana. A la entrada del recinto ferial se podía contemplar un enorme monstruo de hierro. Innumerables palancas subían y bajaban ruidosamente, rotaban infinidad de ruedas y todo en este coloso estaba en movimiento, chirriando y retumbando.

Después de haber estado reflexionando por algún tiempo delante de esta construcción, uno llegaba a la conclusión que este coloso no tenía otra función o tarea que hacer mucho ruido para nada, o demostrar a los visitantes a base de mucho ruido la falta de sentido de la vida.

También puede ser que el constructor de esta máquina fuese un pequeño filósofo, que a su manera expresaba lo que el sabio Salomón ya reconoció hace miles de años: «todo es vanidad y aflicción de espíritu».

## **«Mi vida no es nada más que soledad»**

Janis Joplin, celebrada como reina del rock en los años 60 y adorada por los jóvenes americanos como una diosa, definía la vida como una «danza alrededor del cerdo de oro».

Un periodista la preguntó una vez que dónde veía ella

el sentido de su vida. Su respuesta fue: «Emborracharme. Seguir feliz y disfrutar de los buenos tiempos. Yo hago con mi vida justamente lo que quiero. Quiero gozar de la vida. No creo que se pueda esperar más.»

A un amigo Janis le dijo: «Mejor diez años rebosando de felicidad y desenfreno, que llegar a los 70 para estar en un maldito sillón viendo la tele».

Pero no llegó ni a los 30, sino que murió con 27 años después de su séptimo intento de suicidio.

Ella, que durante sus conciertos desenfrenados, tenía a mano siempre una botella de whisky, mandó en su testamento que sus amigos se bebieran su dinero. De hecho, sus 200 fans cumplieron su deseo y con sus 2.500 dólares se emborracharon durante una fiesta en San Anselmo, mientras que sus cenizas eran esparcidas en el Pacífico, según su voluntad.

Una de sus últimas canciones se titulaba «La vida no es nada más que soledad...»

Unos días antes había sido enterrado Jimmy Hendrix, el famoso «rey de la música rock». Un conocido crítico musical opinó que Hendrix posiblemente haya sido el mayor músico de su generación.

Cada uno de sus discos se vendía más de un millón de veces. Por un concierto le pagaban entonces la cifra increíble de 100.000 dólares. Era un hombre desenfrenado, excesivo, agresivo y toxicómano. A menudo hacía añicos además de un buen número de guitarras todo lo que se le ponía por delante en el escenario.

Hendrix conducía los deportivos más caros, tiraba el dinero por la ventana y, sin embargo, era un hombre infeliz. Una vez le dijo al público: «Tenéis que poneros de luto cuando nace un niño, cuando un niño tiene que venir a este maldito mundo.»

Una de sus canciones deja claro que él tampoco podía contestar la pregunta acerca del sentido de la vida:

*«¿Viviré mañana?*

*No puedo afirmarlo.*

*Pero lo que sé es que hoy no vivo.»*

El 18 de septiembre de 1970 la carrera legendaria de Jimmy Hendrix llegó de repente a su fin. Le encontraron en un hotel en Londres asfixiado en su propio vómito, después de haber ingerido alcohol y tabletas para dormir. Con sus últimas fuerzas se había arrastrado todavía hasta el teléfono. El contestador automático al otro lado de la línea grabó sus últimas palabras: «¡Maldita sea, necesito ayuda, tío!»

Ahora podríamos recordar a Elvis Presley, cuya tumba ya se ha convertido en una especie de objeto de veneración. Podríamos recordar su glotonería, su toxicomanía, su temor a la vida y a la muerte.

Elvis, que, bajo los chillidos del público a veces se hacía llevar al escenario en un Cadillac con accesorios de oro y techo de nácar y vivía en un edificio parecido a un castillo como en una jaula de oro, rodeado de guardaespaldas, celebró su 40 cumpleaños en la cama, por estar demasiado deprimido como para levantarse. Los últimos años de su vida sólo pudo mantenerse a flote gracias a los abundantes psicofármacos que ingería.

El año de su muerte pesaba 125 kilos y murió el 16 de agosto de 1977 a la edad de 42 años por trastornos circulatorios.

Después de su muerte, uno de sus fans hizo un resumen amargo:

*«Todo lo que le pudimos dar fue admiración y adoración, cosas que le desnaturalizaron e hicieron tan superficial, plano y bidimensional como el póster de él que tengo colgado en mi cuarto.»*

Podríamos mencionar otro buen número de nombres conocidos de estrellas de la música y del cine, como Jim Morrison o Kurt Cobain, cantante del grupo «Nirvana»,

que pusieron fin a sus vidas suicidándose, tomando una sobredosis de heroína o jugando a la ruleta rusa.

Ni la admiración de sus seguidores entusiastas, ni el poder ejercido sobre los demás, y, menos aún, la abundancia de dinero o el consumo de droga, pudieron hacer sus vidas dignas de ser vividas.

Quizás estos ejemplos provoquen una reacción interior de defensa:

«Esto son ejemplos extremos. Yo no soy ni un rey del rock, ni una estrella de Hollywood, sino una persona totalmente normal, que tiene lo suficiente para vivir, para pagar poco a poco mi casa, mantener mi pequeño huerto e ir una vez al año de vacaciones a Mallorca.»

Tal vez usted pertenece a la generación de posguerra que pensaba que su tarea era sacar al país de la ruina. Ha trabajado y ahorrado para algún día adquirir aquello en lo que ha soñado tantos años. O para poder ofrecer a los hijos lo que usted mismo ha echado de menos en su juventud. Para ello hace horas extraordinarias, arruina su salud y se arriesga a tener un infarto precoz.

Y algún día sus descendientes compondrán una esquila con un artículo necrológico magnífico: «El trabajo fue su vida, nunca pensó en sí mismo, todo su afán era para bien de los suyos.»

¿Merece la pena vivir para eso?

### **«El mundo es bello...»**

Luego están aquellos contemporáneos nuestros que a pesar de todas las perspectivas nefastas del futuro siguen viendo todo de color de rosa: «¿Qué dice usted? La vida es bella – y el mundo también. No nos amargue usted nuestro buen humor con su paporreo pesimista. Goce usted de la belleza de la naturaleza, escuche la «Pequeña música nocturna» de Mozart o «La trucha» de Schubert,

y si es necesario incluso algo de música folclórica, pero ¡disfrute de la vida! Quien no ama el vino, las mujeres y el canto será siempre un necio y otro tanto.»

Son personas que viven suprimiendo constantemente lo negativo. Pasan por alto el hecho de que estamos rodeados de bosques que se están muriendo y sitiados por armas nucleares. Se olvidan de que nuestros mares cada año sirven más de vertedero para desechos tóxicos y que el cáncer y el SIDA están invadiendo nuestros países como en la Edad Media la peste negra.

Recuerde usted el coro de la canción de Gilbert Bécaud «El mundo es bello...», y el grito de alarma del cantante al final:

*«No, no, no, – el mundo no es bello,  
¡lo es sólo cuando soñamos!  
¿Cómo te explicas tú que la gente ría,  
sabiendo que mañana el mundo podría salir  
ardiendo?»*

### **«¡No pienses en ello!»**

Esa es, seguramente, la divisa de muchas personas. Llegan a casa después del trabajo con el periódico bajo el brazo, con ganas de descansar, ponerse las zapatillas, tomarse su cerveza, ver la tele y el fútbol. Y esto semana tras semana, año tras año.

Se mata el tiempo y se vive de segunda mano por mirar la vida a través de la tele. Sólo cuando se estropea la tele o se va la luz, se sale de esta rutina.

Pero nuestra vida no es un «juego sin fronteras». Aunque hoy se intente por todos los medios ahuyentar todo pensamiento de la muerte, esto no cambia el hecho de que cada diario contiene noticias de muertes y esquelas, y algún día llame «la de la guadaña» a su puerta también.

Durante mi niñez aún traqueteaban por las calles adoquinadas los carros fúnebres tirados por caballos y cada vez que los veíamos nos estremecíamos de miedo. Hoy se ha pasado más a coches silenciosos, que incluso a veces son de color, para distraer del horror de la muerte.

En generaciones pasadas la gente se solía preparar para la muerte y quería despedirse conscientemente de sus parientes.

Hoy en día se muere generalmente inconsciente y sin dolor por estar bajo calmantes, conectado a sondas y en una habitación del hospital retirada, o incluso en el pasillo o en un trastero. Sólo e inconsciente se apaga la vida, y a esto lo llaman «humanizar la muerte».

Pero toda esta supresión y evasión no impiden el hecho de que a veces nos asalte la idea de la muerte como un fantasma, privándonos de nuestra serenidad. Especialmente cuando no podemos evitar la asistencia a un entierro.

Es interesante observar las caras de las personas que presencian un entierro. Las miradas fijas en la tumba, gran desconcierto. Se impone el pensamiento horrible en el entierro propio. La idea espeluznante de estar metido en un ataúd como ese, quizás al parecer muerto, pero enterrado vivo, y tener que asfixiarnos en él, nos acosa. Predomina el alivio cuando por fin han terminado las ceremonias y los pensamientos se disipan con una que otra copa, o contemplando otra vez la vida alegre vía televisión.

Es extraño: Pensamos en todas las posibles eventualidades y concertamos un buen número de seguros para toda clase de circunstancias. Pero no consideramos, en cambio, el único hecho absolutamente seguro e irrevocable: que algún día tendremos que morir.

Mi hijo mayor tenía unos 18 años cuando una vez entré de improviso en su habitación. Estaba sentado en

su escritorio y en seguida tapó desconcertado un papel. Le pregunté qué tenía que ocultar, a lo que me contestó algo vacilante: «¡Estoy escribiendo mi testamento!».

Confieso que en ese momento me causó sobresalto. Mi primer pensamiento fue: El chico o está sufriendo por un amor no correspondido o está mal de la cabeza. Un joven en la flor de su vida pensando en quién heredará sus escasas posesiones no es normal ¿no?

Pero poco después me sentí conmovido, ya que teniendo yo 24 años más que él, ¡no había hecho aún mi testamento!

¿No es razonable y sabio considerar la vida desde «la cátedra de la muerte» como lo expresó Matthias Claudius?

Seguro que muchas cosas las haríamos mejor o diferentes, y muchísimas más dejaríamos de hacerlas, si fuéramos más conscientes de la brevedad y de lo pasajero de la vida.

## ¿Hay una respuesta?

Recuerdo bien el día en que estrené mi primera máquina de escribir electrónica con memoria y pantalla. Hasta ese momento estaba acostumbrado a las máquinas de escribir mecánicas o las eléctricas corrientes y pensaba que en seguida me haría con los mandos de esta nueva construcción.

Leer las instrucciones tan largas y escritas de manera tan complicada me parecía una pérdida de tiempo. Así que me puse a escribir hasta que di a una tecla equivocada. Entonces la máquina empezó a emitir un sonido agudo cada vez que pulsaba una tecla y en la pantalla aparecía una y otra vez la palabra ¡No! ¡No! ¡No!

Ya nada me salía. Enfadado saqué el libro de las instrucciones y le abrí por la primera página. La primera

frase parecía burlarse de mí: «Si quiere disfrutar de su aparato, lea primero atentamente las instrucciones.»

¿No ocurre lo mismo con nuestra vida? Nos ponemos a vivir a lo loco, nos las damos de listos y de repente nos encontramos ante un problema insoluble y una voz dentro de nosotros grita: «¡No! ¡No! ¡No!».

Qué bien si entonces tenemos a mano «las instrucciones» para nuestra vida, que nos enseñan cómo podemos mejor disponerla y vivir una vida que merezca llevar ese nombre. Para saber cómo funciona esa «máquina» complicada que es el hombre, hay que preguntarle a Aquel que la ha ingeniado y seguir sus instrucciones.

Reconozco que se necesita tiempo y una cabeza despejada, para entender «el libro de instrucciones» de Dios para el hombre, que es la Biblia. Al que sólo esté acostumbrado a leer «Astérix» y tebeos le costará al principio algo de trabajo entender un texto sin imágenes y bocadillos. Pero es el único camino razonable para averiguar algo cierto sobre el origen, destino y razón de nuestra vida y salir del callejón sin salida.

## **¿Qué dice el Creador sobre el propósito de nuestra vida?**

Entre lo que el Nuevo Testamento nos cuenta sobre la vida de Jesús hay un relato interesante: Un hombre culto se dirige de pronto a Jesús y le hace una pregunta que le llevaba ocupando ya mucho tiempo (la escribo con mis propias palabras):

*«Gran maestro, aunque he estudiado teología, hace mucho tiempo que vengo haciéndome una pregunta y todavía no he encontrado la respuesta: ¿Qué tenía Dios en mente cuando creó al hombre? ¿Qué misión tiene que cumplir aquí en la tierra? ¿Qué le da sentido a la vida?»*

Esto es más o menos lo que Jesús le respondió:

*«Con mucho gusto te diré lo que Dios espera de ti y para qué estás aquí en la tierra: Quiere que ames al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu mente. Y al mismo tiempo tienes otra gran tarea: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. ¡Ese es el propósito de Dios para tu vida!»*

La respuesta que Jesús le dio a este hombre erudito quizá nos escandalice como el descubrimiento de Galileo escandalizó a sus contemporáneos por poner patas arriba su visión de las cosas. Pero cualquiera que esté dispuesto a modificar sus ideas y aceptar las instrucciones de nuestro Creador, notará que siguiendo las instrucciones hallará libertad, gozo y paz. Es como si a un pez que estaba en tierra dando coletazos se le echara en el agua o como si se soltara a un pájaro de la cárcel de su jaula a la libertad.

Todo lo demás sería errar el blanco, o tomando un término de la Biblia: pecado.

Si Dios existiera...

## **...entonces el pecado es más grave de lo que pensamos**

«El médico dice que tengo el hígado hinchado», declaró Janis Joplin poco antes de su muerte y – enfadada por este diagnóstico – añadió: «¡No volveré nunca más a ese médico!»

Así se puede desatender un diagnóstico profesional que podría posiblemente salvarle a uno la vida.

Es una pena que muchas personas reaccionen de manera semejante cuando oyen la sentencia de Dios sobre su vida. El resultado es fulminante en su claridad, y, sin embargo, podría ser la base para salvar la vida, si no ignorásemos los síntomas de nuestra enfermedad.

Para muchos, la expresión «pecado» parece ser una reliquia de la Edad Media que hoy en día no sirve para nada. Evidentemente, la noción de esta palabra bíblica ha sufrido un cambio.

Supongamos que voy a la estación principal de Colonia equipado con un radio-casete y un micrófono. Allí pregunto a la gente lo que ellos entienden por «pecado», para hacerme una idea de lo que el hombre moderno piensa sobre este asunto.

Es casi seguro que el resultado sería el siguiente: A unos pasos de mí hay un guardia algo aburrido. Me acerco a él:

«Perdone usted, señor agente, estoy haciendo una encuesta. ¿Me permite hacerle una pregunta? ¿Qué piensa usted cuando oye la palabra ‘pecado’?»

«Pues, pienso en Flensburg, señor, en Flensburg», me contesta al instante. (Para ciclistas y lectores del extranjero debo explicar que en la ciudad de Flensburg se encuentra el registro central de infractores del código de circulación).

Mientras doy a la tecla de paro y el policía se queda mirando un grupo de jóvenes que, de regreso de una fiesta, están armando jarana, aprovecho la oportunidad y les pregunto a ellos:

«Escuchad un momento. Estoy haciendo una encuesta y quisiera saber lo que aquí entendéis por ‘pecado’.»

Mientras le acerco el micrófono a uno de los jóvenes, sus compañeros ya han entonado una canción, enganchándose de los brazos y con los ojos brillantes por la cerveza:

*«Todos somos pecadorcillos, siempre ha sido así, siempre ha sido así. Dios seguro que nos perdonará, siempre ha sido así, siempre ha sido así. Pues, ¿por qué hemos de ser todos angelitos estando todavía en la tierra...»*

Mientras siguen así cantando a toda voz y el policía se aleja un poco, arrugando la nariz, mi interlocutor me explica: «Es una canción de Willy Milowitsch, ciudadano honorario de nuestra ciudad.»

Entretanto se ha formado un círculo de personas y unas señoras mayores corpulentas que salen de un café se meten en la encuesta. Una dice riendo mientras señala su cintura:

«¡Ah, el pecado! Acabamos de pecar ahora mismo. Tarta de fresón con nata. ¡Mil calorías de más!»

«¿Puede el amor ser pecado?», agrega un joven con una sonrisa burlona evocando con ello la canción de Hildegard Knef.

Así podríamos seguir. Y si pudiéramos preguntar aún al filósofo Friedrich Nietzsche, su aportación cínica sería probablemente esta:

*«El pecado es la autoprofanación del hombre, inventada por los sacerdotes para poder reinar sobre los hombres y hacer imposible toda sublimación y nobleza.»*

Y ocho de diez teólogos que preguntásemos responderían: «Pecado es una expresión que se remonta a la Edad Media. Hace siglos hubo un hombre con el nombre de Martín Lutero. Ese tuvo problemas con esto. Pecado – eso es el problema de los encogidos. ¡Eso ya no nos concierne a nosotros!»

Si para el hombre moderno la palabra «pecado» carece ya de sentido, sin duda, habrá que buscar la razón sobre todo en los creyentes.

Se han hecho tan mansos, que les da vergüenza proclamar los valores morales de Dios. ¿Quién osa hoy calificar de asesinato al aborto, de abominación delante de Dios al adulterio y de delito a la mentira?

Los cristianos ya no somos sal y luz de la tierra, sino ñoños que cubrimos con un baño de azúcar esta sociedad egoísta y falta de orientación. Muchos de los líderes espirituales de siglos pasados murieron en la hoguera, porque sabían que eran deudores de la verdad para con los hombres y tenían que llamar al pecado por su nombre.

Hoy no es raro ver como líderes cristianos son condecorados con la Cruz Federal del Mérito de manos de políticos a quienes se les pasaría su sonrisa profesional si fueran conscientes de cómo Dios juzga la corrupción, el hábito de mentir y el egoísmo.

Pero aunque el fracaso de muchos cristianos ha contribuido a que la conciencia de pecado en nuestra sociedad haya desaparecido casi totalmente, eso, sin embargo, no cambia el juicio de Dios sobre el estado moral de cada persona.

Mientras que el humanismo y los teólogos y psicó-